

“Dar de comer al hambriento. Dar de beber al sediento.”

Estamos ante el **domingo de la Misericordia**, primer domingo después de Pascua, como lo instituyó san Juan Pablo II, al canonizar a Faustina Kowalska, en el año 2.000.

Este domingo quiere que nos demos cuenta de que la Misericordia de Dios, su Bondad, su compasión para con nosotros es su **característica**, lo que más identifica a Dios, y a Jesús, su Hijo; el atributo que manifiesta cómo Dios está **siempre “a nuestro favor”**, como una madre a favor de su hijo, sea pequeño, joven o mayor; sea bueno, sea rebelde o “perdido”. Dios es un Padre siempre “misericordioso”.

Y **Jesús, su Hijo**, se muestra así siempre en el evangelio. No puede ser de otra manera, puesto que Jesús es **el reflejo exacto del Padre**. Sus predilectos... los pobres, los pequeños, los ignorantes, los enfermos, los... pecadores. Todos aquellos que más necesitan su misericordia (que somos todos).

Y recordemos que Jesús nos dijo: **“Sed buenos como lo es vuestro Padre del Cielo”**. Este es el camino del cristiano, el camino del santo.

La Iglesia nos marca a todos este camino, que ha querido concretar en lo que llamamos Obras de Misericordia, fijándose en la palabra de Jesús: “Cuando tuve hambre, me disteis de comer...sed..., en la cárcel o enfermo... o desnudo...”

Me han encomendado hablar de **“Dar de comer al hambriento. Dar de beber al sediento.”**

Me gustaría antes comentar que todas las obras de misericordia suponen unas **actitudes fundamentales** que ha de cultivar todo cristiano y que se reflejan en las actitudes y palabras de Jesús. Sólo las enumero:

“Amaos unos a otros como yo os he amado”

“Dad y se os dará”

“Perdonad y seréis perdonados”

“El que quiera ser primero, que se haga esclavo de todos”

“Sed compasivos como lo es vuestro Padre del cielo”

“Todo lo que hicisteis con cualquiera de vuestros hermanos, conmigo lo hicisteis.”

Todas las palabras y las obras de Jesús rezuman amor, entrega generosa... San Pedro dirá que Jesús pasó por el mundo “haciendo el bien”. Vivió siempre de cara a los demás. Nunca hizo un milagro para su propio provecho.

Ésa es nuestra meta. Éste es nuestro modelo. Y eso en la familia, en el trabajo, en la diversión, en la calle... en todo momento: no vivir para mí, vivir para los demás.

Con esas actitudes seremos sensible a toda necesidad: hablamos ahora del **hambre y la sed. Podemos hacer unas concreciones. Habría miles, pero... por ejemplo:**

¿Somos sensibles en no estropear nunca la comida? Nuestros padres nos enseñaron el valor de un trozo de pan. Nuestra madre no echaba a la basura la comida sobrante. La “recomponía” con su pericia y su bondad.

¿Conocemos personas, que lo necesitan, y a quienes podemos dar parte de nuestra comida, sabiendo que la van a aprovechar?

Posiblemente criticamos que muchas personas, empresas... buscan su propio beneficio y cuanto más mejor. Y nosotros... ¿Somos conscientes de que lo que llamamos “nuestro” dinero no es exclusivamente “nuestro”, sino de “toda la familia”? Y esa familia recordemos que es toda la humanidad, tantos hermanos y hermanas de nuestro alrededor que **“tienen hambre”**. ¿Sabemos por experiencia qué es tener hambre y no poder saciarla?

Dar de comer al hambriento. Recordad: “.... a mí me lo hicisteis”.

Podemos ejercitar esta obra de misericordia personalmente. Pero podemos también ayudar –con alimentos o dinero- a instituciones que dan de comer al hambriento.

Permitidme, finalmente, una consideración general.

Seguro que en todas las familias se hace –o debiera hacerse- un PRESUPUESTO para satisfacer de forma ordenada todas las necesidades de la casa, estudios, comida, diversión, etc. ¿No debiera figurar en el presupuesto (de una familia cristiana o familia responsable) el capítulo de “ayuda a los demás”?

¿Figura en la vuestra este capítulo? ¿Va a figurar en adelante? Dios lo quiera. Ojalá podáis escuchar en el momento decisivo aquella frase de Jesús... “porque tuve hambre y me disteis de comer”... venid, benditos de mi Padre.